

# José Romera en los escenarios

César Oliva  
*Universidad de Murcia*  
*coliva@um.es*

Una ponencia me manda hacer Pepe Romera. No es ningún aprieto. He pasado por aquí, por este tipo de encargos, cientos de veces. Pero ¿es éste uno más? No. No es uno más. Es el definitivo, porque lo que Pepe quiere, según me imagino, es que hable de él, de tú a tú, de colega a colega, de actor a actor, mirándolo a los ojos de sus escritos teatrales, de sus lecciones teatrales, de sus iniciativas teatrales, de sus miles y miles de actividades teatrales que ha llevado a cabo en su dilatada trayectoria de investigador y docente. Aunque en principio parezca empresa complicada, la verdad es que es fácil para mí... y para todos. Hablar de su trayectoria como investigador es facilísimo: sólo tienes que acudir a cualquiera de las publicaciones del SELITEN@T para ver, en las páginas traseras, la enorme producción científica que atesora, la barbaridad de tesis doctorales que ha dirigido, el disparate de discípulos y discípulas que ha desparramado por el universo mundo. Una locura. Y si no quieres ese caldo, tómate dos o más tazas de currículum pormenorizado que encuentras con sólo teclear «José Romera Castillo». Dejémoslo claro desde el principio, y con toda la seriedad del mundo: el trabajo académico que José Romera ha dedicado a los estudios teatrales es de los más cuantiosos que te puedes encontrar en la filología española de entre siglos. Pero ¿de qué teatro ha hablado el profesor Romera en todos esos años? ¿dónde ha puesto más su atención, su preocupación por el análisis, su deseo de perdurar en algunas de las ramas de ese frondoso árbol que es la dramaturgia española? De eso vamos a hablar hoy, pero, si se me permite, lo haré más que desde el sesudo examen académico, desde la cercanía de una persona que he

tenido de compañero durante cuarenta años, con el que he coincidido en múltiples congresos, jornadas y reuniones, con el que he discutido de este y de aquel otro tema, y al que respeto en grado sumo como sólo él lo sabe. Voy a hablar del José Romera que me interesa, por supuesto, que es el Pepe Romera que tengo aquí al lado. Y lo voy a hacer, si os parece, un poco como si fuera personaje de ese gran teatro del mundo en el que convivimos los universitarios con ganas de trabajar, como él; como figura a analizar, como él mismo nos ha analizado a cuantos estamos a su alrededor.

Insisto en que no voy a repetir más datos de su ADN que aquéllos que me sirvan para elaborar el perfil romeriano que pretendo. Que no serán pocos, por cierto. Un perfil que empieza por ese crío que estudiaba en su Granada natal, que se asomaba a una cosa que denominaban Teatro, el Isabel la Católica en la Acera del Casino, que estaba enfrente de la mejor confitería del mundo llamada El Sol. El crío se hizo Maestro de Primaria con diecinueve añitos, Licenciado en Letras después, Adjunto de número a los treinta y dos, y catedrático de birrete a los cuarenta y cinco, si no he contado mal. De la tierra de nazaríes pasó a la costa mediterránea, para empezar su carrera docente en Valencia. Viajó de acá para allá, pasando una buena temporada como profesor visitante, y de paso ejercitarse como catador de chocolate, en Ginebra, hasta que llegó su definitiva ascensión a la cátedra universitaria: primero en Córdoba, acto seguido en Madrid, en la UNED. En la UNED ha hecho de todo: de protagonista, de actor de reparto y hasta de utilero si hiciera falta. Sólo una cosa no ha sido, pero no sé si debo decirlo porque capaz sería de intentarlo a pesar de la jubilación: ser rector.

Este itinerario profesional nos conduce directamente al tupido bosque de su *curriculum vitae*. Tengo el privilegio de haber seguido de cerca su trayectoria investigadora, pues pocos meses separan su cuna de la mía. No sólo en encuentros, jornadas y congresos coincidimos, sino en tribunales de todo tipo y condición. Por eso, cuando me comprometí a elaborar esta ponencia, o lo que sea, no me resultó tan difícil y compleja como otros encarguitos de otros colegas cuyo nombre y título no quiero acordarme. Hablar de Pepe Romera es fácil; lo comentaba antes. Bien podríamos decir que es un libro abierto. Bueno, un montón de libros abiertos, si queremos hablar con rigor. Pero el caso es que no debo salirme del guion, y tratar no de toda su producción científica, sino de la relacionada con el teatro, que es en donde con él

he coincidido en tantas ocasiones, compañero del alma.

Normalmente, los colegas universitarios nos especializamos en algo. Nuestros antecesores eran más enciclopedistas: sabían de todo. Ahora solemos tener nuestras preferencias, lo que no quiere decir que no hayamos picoteado en diversos autores, tendencias y siglos. Pero un maestro destaca por esto; otro por aquello; el de más acá por haber descubierto manuscritos; el de más allá por su olfato para la poesía sefardí... Pues bien, también en esto Pepe Romera es único. Tenía un amigo, buen gastrónomo, que decía cuando terminábamos de comer: «Lo que más me ha gustado ha sido todo». La especialidad de Pepe ha sido todo. Ha escrito de todo porque de todo sabe.

Hablaba antes de teclear «Pepe Romera» en cualquier buscador, y ¡hala! ¡hala! El cursor no para, no para, y te conduce triunfalmente por páginas y páginas, tantas que tus ojos no descansan durante horas. ¡Virgen de las Angustias, patrona de Granada! ¡Este hombre no ha descansado en toda su vida! ¿Cuándo ha comido...? ¿Cuándo, dormido? ¿Cuándo... lo otro? ¡Chiquillo! Incluso si me ciño a materias relacionadas con el coturno y las candilejas, la relación es tan extensa que, si aquí las leyera, dormiría a las ovejas. Y no se trata de aburrir al ilustre senado, sino de contar cuáles son las señas de identidad de Pepe Romera en eso de los estudios teatrales.

Por mucho que lo conozco, por mucho que sé, o creía saber, sus principales aportaciones, he preferido corroborarlo en el *curriculum*, para intentar equivocarme lo menos posible. Como quiera que, acabo de decir, ha investigado sobre todo, subrayaré aquellos temas que me parecen más destacados, o que me caben en los 25 minutos de esta intervención. No sea que me pase, pues si hablara de todo lo que ha escrito sobre teatro estaríamos hasta la noche oyéndome mentar títulos y nombres.

Empezaré rememorando el día (los días) en los que creo que lo conocí. A él, y a otros que llegaron a ser mis mejores amigos y amigas en la profesión. Me refiero al Congreso de Roma, en noviembre de 1983, Congreso dedicado principalmente a la Semiótica. El Ministerio de Cultura, a través de la Dirección General de Música y Teatro, nos invitó al Instituto de España, en donde reunió a toda una pléyade de jóvenes investigadores de la escena. Nos recibió nuestro querido colega Manuel Sito Alba, con el que había compartido banquillo en la primera oposición de Historia del Teatro de la universidad española. Roma aturde al más pintado, sobre todo si maestros como Umberto

Eco te hablan de las excelencias de la semiótica como ciencia que profundiza en el análisis del texto dramático considerado en su dimensión práctica. A partir de Roma todos nos convertimos un poco en semiólogos, aunque algunos habían acudido profesando ya aquella religión. Allí estaba Toni Tordera, Evangelina Rodríguez, Juan Antonio Hormigón, Guillermo Heras... muchos otros... y Pepe Romera. Pepe Romera llegaba con trabajos importantes sobre el tema: ya había publicado *Comentario de textos semiológicos* (1977), que complementaría después con *Semiótica literaria y teatral en España* (1988). En Roma habló de uno de sus autores preferidos, sobre el que ha escrito en no pocas ocasiones: Antonio Gala. Posteriormente, muchos de aquellos semiólogos dejamos de serlo de alguna manera, al menos, en el sentido militante de los años ochenta. El sarampión nos duró lo suyo. Poco a poco vimos que no era la piedra filosofal que creíamos, aunque hay que reconocer que el poso que dejó fue tan intenso como fructífero.

Pepe Romera no se conformó con pasar por el yunque de la semiótica todos sus trabajos. Supo diferenciar perfectamente lo temporal con lo eterno. Y en lo eterno metió a los clásicos del Siglo de Oro con todo rigor y pasión: Timoneda, Gutierre de Cetina, Teresa de Jesús, Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca... fueron objeto de estudio. Tampoco desdeñó la Edad Media, y autores de los siglos XVIII, XIX y XX. Del teatro contemporáneo no son escasas sus publicaciones: Lauro Olmo, José María Rodríguez Méndez, Jerónimo López Mozo, José Luis Alonso de Santos, Juan Mayorga, Fernando Almena, Íñigo Ramírez de Haro... Pero fue pasar el 2001 y empezar a preocuparse por los cambios que experimentaba la escena en el encuentro con el nuevo siglo. Su *Teatro español entre dos siglos* (2011) da buena cuenta de ello, así como las temáticas que definían los famosos congresos del SELITEN@T: la influencia del cine, la televisión y las nuevas tecnologías en el desarrollo de la escena contemporánea. Esos congresos del SELITEN@T conforman una formidable documentación sobre el teatro contemporáneo, además de suponer la llegada de un número infinito de nuevos investigadores. Me parece especialmente significativo el realizado en 2002, con el título *Teatro y memoria en la segunda mitad del siglo XX*. En la primera parte de ese congreso, Ignacio Amestoy y Paloma Pedrero daban cuenta de los elementos principales de su dramaturgia, descubriendo, no pocas veces, huellas autobiográficas en sus propias obras. Sería prolijo descri-

bir todas las intervenciones que vinieron a continuación, de colegas académicos que estudiaron rasgos dominantes en el teatro español actual, como en Adolfo Marsillach (analizado por Juan Antonio Hormigón), Fernando Fernán-Gómez (por Samuel Amell), Francisco Nieva (por Jesús Rubio), directores de cine español (por José Antonio Pérez Bowie), cómicos «ante el espejo memorístico» (Juan Antonio Ríos Carratalá y Alberto Romero), dramaturgas actuales (Virtudes Serrano) y un largo etcétera, que permanecen en la publicación debida a José Romera.

Precisamente otra de las preocupaciones de nuestro colega es el estudio de las autobiografías, con trabajos propios o provocados por él en congresos como el antes citado. En la segunda parte del mismo, se pueden encontrar diversas voces del grupo de investigación SELITEN@T que, en interesantes mesas redondas, analizaron trazos autobiográficos en dramaturgos, directores e intérpretes de la escena española contemporánea. Siendo este apartado interesante, hay otro que, en mi opinión, encierra aún mayores alicientes, al menos para mí, y siquiera sea por la escasa dedicación que se le había dado con anterioridad: me refiero a la reconstrucción de la vida teatral en España. Gracias al amplio espectro geográfico que supone el alumnado de la UNED, que se expande de forma natural por todo el territorio español y de fuera, a Romera se le ocurrió la feliz idea de poner a sus alumnos a trabajar sobre la cartelera de sus pueblos. Nada mejor para conocer la historia del teatro que saber qué obras veían nuestros antepasados. Su labor como maestro de alumnos que iniciaban sus tesis doctorales fue, precisamente, indicar que ciudades como León, Albacete, Badajoz, Ferrol, Guadalajara (México)..., tenían una tradición que descubrir a través de sus teatros públicos. Ingente y definitivo trabajo, cuyos frutos están ahí, publicados, a disposición de investigadores y aficionados a la escena.

Esa abundancia de alumnado, y esa diversidad geográfica que sobrepasa nuestras fronteras, ha hecho que Pepe Romera no sólo sea el profesor que más tesis doctorales ha dirigido del mundo, sino el que más ha viajado para clases, consultas y actos de lectura. Una cosa que me ha llamado la atención de su *curriculum*, otra más, es la enorme relación de sus participaciones como miembro de tribunales de tesis. Es posible que quizás yo también disponga de un considerable número de asistencia a esos tribunales, pero jamás se me ocurrió apuntarlos. Genial, Pepe.

Tal versatilidad, unida a una enorme capacidad de trabajo, hizo posible que estudiara también (y promoviera estudios) la influencia del teatro español en Iberoamérica y en Europa. Cerca de treinta tesis doctorales (editadas en su mayoría) y más de una docena de Proyectos de Investigación, ahorran el detalle siempre fatigoso de las monografías más interesantes. Como prolijo sería destacar los que figuran en la revista *SIGNA*, otro de sus grandes empeños, en la que la presencia del arte escénico supera en mucho la de otros géneros literarios o ramas del conocimiento humanístico.

Toda esta sucesión de trabajos, con sus correspondientes títulos, fechas y detalles, coronan una biografía bien hecha y mejor desarrollada. Una biografía que tiene muchísimos más capítulos de los que he desarrollado hoy aquí, quizás con más cariño que precisión. Dejaré a otros que los detallen, pues seguramente pertenezcan a alguno de los muchos epígrafes en los que se divide la novela de la vida de Pepe Romera. Acaso por todo ello fue nombrado Presidente de la Asociación Internacional de Teatro del Siglo XXI, entre los numerosos candidatos de diversos países que con él compitieron.

Hablando de sus méritos académicos parece que me olvido del perfil humano de quien ha hecho posible todas estas actuaciones antes enumeradas. Porque, ¿cómo es este Pepe Romera, del que tanto estoy hablando y tanto ha investigado, tanto publicado, y tanto realizado? Pues, créanme, aunque no lo parezca: es un tío estupendo. Amigo de sus amigos, y hasta de sus enemigos; un chico generoso; de una extraordinaria puntualidad, más inglesa que granadina; cariñoso sin pasarse, que es como deben de ser los cariñosos; y que, si un defecto le quisiéramos encontrar, es que ha vivido ante, bajo, cabe, con, desde, durante, en, entre, hasta, para, por y sobre su trabajo. Es un obseso del cumplimiento del deber, es decir, de dirigir tesis como *il faut*, congresos como *il faut*, cursos como *il faut*... Por eso, sus allegados, que lo adoran (todo hay que decirlo), cuando los llama para contarles un nuevo proyecto lo temen más que la vara verde. Dicen que lo repite y repite hasta que le dicen: Pepe, basta, entendemos lo que quieres hacer y vamos a hacerlo. Él, aunque tiene un corazón así de grande, que le permite sonreír y reírse hasta de sí mismo, con el trabajo es muy puntilloso, que es una manera de decir melindroso, meticuloso, escrupuloso... (no he encontrado sinónimos que no acaben en oso, perdonen). España y Pepe son así, qué le vamos a hacer.



José Romera  
por César Oliva

Para terminar, me he permitido hacer un retrato literario del amigo al que rendimos homenaje, de la mano del retrato dibujado, que he consumado en diferentes ocasiones. Como tampoco es que la descripción sea mi fuerte, me he basado en los clásicos, para tomar de ellos el molde, e intentar rellenarlo yo, seguro que con más voluntad que acierto. Vayamos al toro:

«Éste que veis aquí, de rostro [no] aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y nariz [no] corva, aunque bien proporcionada; [borro lo de «las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes...», aunque sea preciosa descripción no se ajusta a quien jamás llevó barbas ni bigotes], (sigo) la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos [don Miguel, el pobre, dice que no le quedaban sino seis, «y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros»; claro que, en aquel entonces, no existían los implantes, querido Cervantes], (sigo) el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies [esto después de porrazo que se cayó el pobre Pepe en la puerta de su casa, que nos dio a todos un susto de muerte, porque antes era otra cosa]. (Sigo.) Esto, digo yo, es el rostro del autor de un millón de artículos, edi-

ciones, libros, monografías... Llámese comúnmente José Romera Castillo<sup>1</sup>.

### [SOBRE EL AUTOR]

César Oliva es licenciado y doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Murcia, de la que es Catedrático de Teoría y Práctica del Teatro y emérito honorífico. Ha impartido cursos y conferencias en varios centros académicos nacionales y del extranjero. Tiene publicados más de trescientos artículos, y una veintena de libros, entre ellos: *Historia básica del arte escénico* (Madrid: Cátedra, 2003, 7.ª ed.), *Teatro español del siglo XX* (Madrid: Síntesis, 2002), *La última escena* (Madrid: Cátedra, 2004) y *Versos y trazas* (Murcia: Editum Teatro, 2009). Fue fundador del Teatro Universitario de Murcia, con el que llegó a montar más de cuarenta producciones. Ha dirigido obras con diversas empresas e instituciones. Sus últimos montajes son *Ninette y un señor de Murcia* (2015), de Miguel Mihura; y *Las bicicletas son para el verano* (2017), de Fernando Fernán Gómez. Como gestor ha sido director del Centro Nacional de Documentación Teatral (1979-1980), Festival de Almagro (1983-1985) y Festival Internacional Medieval de Elche (1994-2005). También ha coordinado diversos proyectos teatrales, como «Las Huellas de La Barraca», desde 2006 a 2012, que recibió el Premio «Dionisos 2009», de UNESCO Madrid. En la actualidad es asesor artístico de los Teatros Romea y Circo de Murcia, y vocal de la Junta directiva de la Academia de las Artes Escénicas de España, de la que es miembro fundador.

---

<sup>1</sup> Su intervención en el Seminario-homenaje al profesor José Romera, el 20 de junio de 2018, puede verse en <https://canal.uned.es/video/5b2b3c72b1111f513c8b4567>.